

EL SAQUEO DE BAGDAD

Pudo haber sucedido así, más o menos. El Gran Mogul, el presidente de los Estados Unidos de América, el mismísimo George W. Bush en carne mortal, avanzó por los corredores alfombrados de la Casa Blanca, con sus andares deporti-pintureros, y llegó hasta el Despacho Oval. Allí le aguardaban sus consejeros personales: una élite de mogules seleccionada por él mismo. Mentes orientadas por la brújula del interés financiero y conocedoras de todos los datos imaginables, aunque ignorantes de que (como acabarían viendo) la información no garantiza el conocimiento y muchísimo menos equivale a sabiduría. Ya les conocemos: eran el Cheney, el Rumsfeld, el Wolfowitz, el Powell (el único preocupado), el Ashcroft, y, por supuesto, ¡cómo olvidarla!, la femenina flor de Condoleezza (con dos «e» y dos «z») Rice. Se sentó el presidente, se acomodaron los demás y Bush abrió su Biblia.

El silencio tenía la tensión de las grandes decisiones, pero en casi todos los rostros aleteaba la ilusión. Al fin, el presidente leyó en voz alta un estimulante versículo, quizá el siguiente: «Y destruyeron todo lo que en la ciudad había; hombres y mujeres, mozos y viejos, hasta los bueyes, y ovejas y asnos, al filo de la espada» (Josué, 6, 21). Quizá fue otro, pero en todo caso relativo a matanzas de inspiración divina, que aparecen con frecuencia en el Sagrado Libro. Cumplido lo cual, Bush pidió a su gente un definitivo consejo y todos se reafirmaron en sus categóricos informes de meses anteriores. Bush asentía en silencio, satisfecho. Sólo cuando entre las palabras de Colin Powell asomó una alusión a la ONU, el presidente cortó el informe con un gesto desdeñoso. El resultado final fue la Gran Decisión: el 20 de marzo de 2003 empezaron a morir iraquíes bajo las bombas y los misiles estadounidenses. Era lo que Bush llamaba y sigue llamando «ataque preventivo» o «guerra contra el terrorismo», pero que no es ni lo uno ni lo otro.

No es preventivo porque ni los inspectores de la ONU ni los tenaces investigadores que han recorrido Irak después de la invasión han podido

encontrar pruebas de que Saddam Hussein fuese el peligroso enemigo para el mundo que Bush mandó eliminar para salvarnos a todos. Y no es guerra porque un ataque con medios aplastantes, y sin defensa enfrente, no es una batalla sino una masacre impune, que avergonzaría a auténticos guerreros, como lo fueron los mongoles, o los Rommel o Montgomery de nuestro tiempo. Tampoco es combate contra el terrorismo pues nadie en su sano juicio puede creer que el mejor sistema de lucha contra grupos terroristas dispersos consiste en arrasar países enteros. Existe terrorismo y es preciso combatirlo, pero ése no es el camino. Si la lucha se enfoca como gran cruzada mundial contra naciones es porque hoy el terrorismo es el sustitutivo del comunismo, como coartada política para planes expansionistas y para justificar un mayor poder, aumentando de paso los beneficios de las grandes empresas armamentistas e intereses afines. No verlo así es cerrar los ojos a la realidad.

Ahora bien, una vez iniciada la destrucción y la matanza, han de seguir adelante. El Trío de las Azores sigue sosteniendo que se hizo lo debido y que la situación progresa; el resto del mundo próspero se adhiere reticente o guarda un triste silencio cómplice. Ignoro si el señor Aznar recurriría a su machacona expresión favorita para decir que «Irak va bien», si visitara aquellas tierras, pero su ministra de Asuntos Exteriores acaba de estar allí brindando optimismo y, sobre todo, el señor Rumsfeld ha asegurado que «Irak está mejor que antes». ¿De veras? ¿Mejor que cuándo? Por supuesto, está mejor que en el mes de abril, cuando el propio señor Rumsfeld desencadenaba la tormenta de misiles y bombarderos sobre Bagdad. Pero ¿y antes de ese antes? Entonces ni se planteaba una reconstrucción, mientras que ahora es urgente.

Sí, ahora hay que convertir un inseguro caos en un país. El saqueo no ha sido menor que el de los mongoles, siglos antes, empezando ahora por el mar subterráneo de petróleo, que es la mayor riqueza y ha caído ya en las garras de los invasores. Y también los pequeños, pero supremos tesoros: los testimonios del pasado humano. Hacia esas voces irreem-

plazables de la Historia mostraron total indiferencia los ocupantes que, en cambio, protegieron celosamente las oficinas y servicios petroleros. Los museos, las bibliotecas y las excavaciones arqueológicas en marcha sufrieron los más descarados robos y expolios, tanto por parte de rateros oportunistas como de logreros, bien orientados llevándose piezas para el mercado internacional de antigüedades. No cabe dar aquí detalles, pero (aunque autores de prestigio, como Henry Kamen, han intentado asombrosamente mitigar el escándalo y hasta culpar al régimen iraquí de implicar en la guerra su herencia histórica) la verdad es que el principal asesor cultural de Bush

dimitió por la destrucción evitable del Museo Arqueológico, y que la UNESCO certificó la catástrofe, tras enviar a un delegado suyo para inspeccionar sobre el terreno. Según la propia organización de la ONU, Estados Unidos ha actuado de un modo decepcionante y «subestiman demasiado la cultura del pueblo que han invadido».

Por lo demás, los destrozos militares y la ocupación han supuesto, para todos los aspectos de la vida humana, lo que acarrearán todas las guerras: hundir el orden en el caos, ahogar la esperanza en la incertidumbre, reemplazar el bienestar por el hambre, acabar con la libertad y sustituir la seguridad por el miedo. En Irak, como no había libertad, las bombas han sustituido el terror y miedo al tirano por el miedo y odio al ocupante. Los servicios públicos faltan o están perturbados, Irak ya no es seguro y los vecinos forman grupos de autodefensa, las empresas y negocios apenas funcionan; los mismos soldados son vistos con temor y, por muchos, con odio reprimido; el ejército tiene mala reputación por sus abusos y humillaciones. Se le reprocha su falta de respeto a las creencias y a los lugares religiosos; se entiende como profanación de cadáveres la innecesaria (y contraproducente) exhibición teatralera de los difuntos hijos de Sadam. Se publican mentiras tan cínicas como la de afirmar, por boca de Colin Powell, que el disparo de un tanque que mató a dos periodistas en un hotel, nada sospechoso y sin provocación previa, fue una «respuesta adecuada»... En fin, una situación de desorden y desconcierto cuyo fin no parece próximo, por la dificultad de establecer una autoridad a la vez legítima y eficaz.

Por supuesto que hacia esa meta tienden los esfuerzos políticos y económicos, pero de entre todos ellos los que tienen mayor éxito son justamente los que continúan el saqueo de Bagdad, que ya no es el escamoteo de manuscritos islámicos o estatuillas sumerias, sino lo que el economista y eurodiputado Sami Nair ha llamado en un artículo «La privatización de Irak»; es decir, el otorgamiento de contratos para tareas de reconstrucción por las grandes empresas, principalmente norteamericanas, que han acudido a ese filón como buitres sobre el león muerto. Empresas como Halliburton, Bechtel y otras ya citadas aquí, son favoritas en las adjudicaciones y las cifras totales varían mucho según los estimadores, pero alcanzan cifras que algunos elevan a los seiscientos mil millones de dólares en varios años. Se revelan así las ventajas económicas de una guerra (para quienes se la administran), pues, como aconsejaba a un inversor amigo su agente de bolsa, «compra acciones de empresas de armamento mientras dure la guerra y luego acciones de constructoras para la reconstrucción».

Claro que no todo es bañarse en agua de rosas pues, como ha reconocido Colin Powell, «los ataques diarios contra los soldados ocupantes impiden normalizar Irak». A las lumbreras asesoras del presidente Bush y a sus simpatizantes les causa sorpresa que los iraquíes no agradezcan los esfuerzos que se hacen para reconstruirles. En su viaje a Irak, el secretario de Estado norteamericano afirmó en una conferencia de prensa: «No somos ocupantes. Nuestra presencia tiene bases legales, vinimos como libertadores y tenemos experiencia como tales». La respuesta la dio el ministro de Exteriores iraquí en el Consejo de Gobierno que pidió cuanto antes la devolución de la soberanía a los iraquíes, incluso mediante elecciones como las ya propuestas por Francia, y, naturalmente, rechazadas por Estados Unidos.

En suma, un país herido, llorando sus muertos inocentes y desmantelado, en espera de una reconstrucción, mientras los invasores organizan sus opíparos negocios. Pero el problema son esos ataques contra las tropas, perturbadores para la política invasora. En otras palabras, la resistencia que el señor Aznar, como el señor Bush, descalifica como terrorismo, pero que Colin Powell acepta con su propio nombre, aunque advirtiendo que se encuentran en ella «infiltrados terroristas», lo cual es mucho más verosímil. No voy a intentar aquí trazar la línea divisoria, quizás imprecisable, entre resistencia y terrorismo; además de que cuando los Estados recurren al terrorismo, atropellando la libertad y los derechos humanos para conseguir la ciega obediencia, no pueden extrañarse de que el más débil se defienda como pueda. Eso es lo que sucede en Irak, donde en Bagdad hay presos hacinados sin acusaciones ni defensa legal, y donde los soldados invaden casas y locales sin garantías, detienen, interrogan y atropellan; todo lo cual, por mucho que trate de justificarse en circunstancias anormales, por fuerza provoca reacciones no deseadas, aunque explicables.

Por otra parte, la respuesta natural esperable en un país ocupado contra su voluntad es la aparición de una activa resistencia, a poca dignidad nacional que se tenga, y a Irak hay que suponérsela. Ahora sabemos incluso que, como no podía ser de otro modo, diversas agencias de información estadounidenses advirtieron anticipadamente que en Irak habría resistencia en caso de invasión, sin que esto impresionara a los expertos belicistas. De modo que, llámense como se quiera: terrorismo el atentado contra la ONU y resistencia la muerte diaria de soldados de la «coalición», lo que puede darse por seguro es que esa resistencia continuará. Más aún, hay expertos que pronostican su incremento, porque si para Bush (empeñado en escudarse en su pretexto) Irak es actualmente el centro de la

lucha contra el terrorismo, para el islam también se ha convertido, como dice un informador español, en un «faro para las brigadas islamistas»; es decir, en el frente principal de la defensa del islam: ése es uno de los graves resultados provocados por la Gran Decisión adoptada en el Despacho Oval de Washington. Por de pronto, parece comprobado que Sadam Hussein ha retornado a su actividad pública, exhortando a la lucha a todos los iraquíes.

En todo caso, la operación de Irak se ha salido de los cauces preestablecidos en los planes imperiales estadounidenses. Sus dificultades y su duración rebasan lo previsto y, naturalmente, sus enormes costes también. En Londres se ha reconocido ya el «fracaso estratégico» y en otros centros se critica la improvisación y el desconocimiento en la preparación de la posguerra. Ahora la ONU no es el trasto inútil despreciado por Bush, ni el mero auxiliar para fines subalternos que contemplan sus expertos. En sus aguas está navegando Colin Powell (el único del grupo que mostró alguna estima por la institución) tratando de que sirva para obtener un apoyo financiero que Estados Unidos va necesitando con creciente urgencia. Ahora bien, ni siquiera ante el flagrante error de sus cálculos se encoge la soberbia de Bush, ni su creencia de que sus superiores armas se lo permiten todo, pues al mismo tiempo que pide dinero y ayuda a los gobiernos antes desdeñados, sigue exigiendo, sin embargo, conservar plenamente el mando y dirigir unas operaciones para las que ya se ha revelado incompetente. Dicho en pocas palabras y en román paladino: el matón del barrio que destruyó el polideportivo quiere que los demás trabajemos no sólo en reconstruirlo sino en mantenerle a él en plena posesión de las armas que le permitan dominarnos; es decir, que costeemos las cadenas esclavizadoras de nuestra libertad. Envuélvase mis palabras en flores retóricas y serán válidas para reflejar la tesis estadounidense que, como cabía esperar, tropieza con el rechazo de gobernantes serios, como los de Francia y Alemania, mientras aplauden y se adhieren Aznar y Berlusconi, que no dan más de sí. Aznar, incluso, ha aceptado honradísimo la organización en Madrid de la reunión internacional en la que Bush espera al fin sacar tajada. Es como encargarse de pasar el sombrero en la feria aldeana, para recoger las monedas depositadas de buena voluntad.

¿Se saldrá Bush con la suya y seguirá imperando con el dinero de los demás? ¿Se confeccionará, como tantas veces, alguna clase de chalaneo con el resultado de ganar casi todos los fuertes, cediendo unas pequeñas consolaciones para salvar la cara de los débiles? Los meses próximos condicionan mucho, con las convocatorias electorales: ¿tendría gracia que la resistencia de los «liberados» iraquíes acabase librando de Bush a los

estadounidenses! (pero esto es esperar demasiado del sistema, y no digamos en el caso de Aznar). Entre tanto el mundo sigue: Bush perorando bajo sus ojitos astutos, las grandes empresas ganando con las reconstrucciones y los armamentos, la Organización Mundial del Comercio y otras instituciones defendiendo el sistema, la mayoría pobre de la Humanidad soportando la adversidad, los soldados en Irak preguntándose a cuál de ellos le tocará morir... y los iraquíes sin saber qué han hecho para sufrir la tremenda injusticia que les ha caído encima. El drama de un país devastado primero, ocupado después y expoliado o utilizado luego, contra su voluntad, de una manera o de otra, es demasiado vasto, complejo y doloroso para que yo haya tenido la osadía de contarlo. Cualquier persona puede imaginarlo y más si, como yo mismo, es de una nación donde se ensayó en Guernica un bombardeo impune y donde también fueron arrollados los derechos humanos en tiempos recientes. Pero más que imaginarlo, debemos sentirlo y sublevarnos contra los que son capaces de decidir, tan frívola y egoístamente, las desgracias de un pueblo entero. Una sublevación que, aun desde la posición más indefensa, puede y debe empezar por negarse a ser cómplice y por denunciar las injusticias y los crímenes del poder en el sistema antihumano.

Un admirado amigo mío, más sabio que yo en comprender al islam, el profesor y arabista Pedro Martínez Montávez, terminó un artículo suyo con unos versos del mayor poeta iraquí contemporáneo, Badr Shakir as-Sayab, que yo me permito recoger aquí para concluir. Canta el poeta:

«¿De qué bosque ha venido esta noche? / ¿De qué cuevas? / ¿De qué cubil de lobos? / ¿De qué nido en las tumbas deslizándose / oscura como el cuervo?»

Ogatai se ha presentado esta vez en mi casa trayéndome de regalo un pequeño libro de alguien que piensa como nosotros y al que no vale llamarle antiamericano ni antijudío porque precisamente es judío y americano. Es el breve volumen de Norman Mailer titulado ¿Por qué estamos en guerra? Agradezco el obsequio, de cuyo interés estoy seguro por lo que conozco del autor, y más cuando Ogatai, risueño, me cuenta que en una revista Mailer afirmó que Bush era «el presidente más estúpido» que habían tenido nunca los estadounidenses.

Como no puedo disentir, pasamos a otros temas y le pido a mi amigo sus impresiones sobre la situación en Irak, ya que él la comenta con gente de Estados

Unidos, algunos de paso por Rota camino de América, y tiene fuentes informativas mejores que yo.

—Irak subsiste porque la vida sigue —me contesta con gesto alicaído—, restañando sus heridas y odiando a los que tienen la desvergüenza de llamarse sus liberadores o, al menos, deseando ansiosamente su marcha. Es un pueblo que se siente prisionero y tiene sacudidas de rabia. Cuanto más dura la ocupación, más clara es la inferioridad humana de estos invasores en comparación con los antiguos mongoles... ¿Recuerdas cómo empezamos a hablar de este tema cuando tú pretendías trazar un paralelismo?

—Lo recuerdo, pero me convenciste bien pronto. Aquéllos eran gente cabal, hijos de su tiempo, producto de la época. Éstos son renegados de su civilización; sólo la utilizan para la explotación material más codiciosa y miope, sin visión ninguna. Ofenden y corrompen las bases de su vida en común: su fe religiosa (aunque vayan a la iglesia), los derechos humanos, las leyes internacionales, el respeto a la naturaleza. Para estos nuevos bárbaros todas esas conquistas del progreso no se han conseguido; ellos se han hundido en lo más retrógrado. Los mongoles resultan grandes por comparación, dignos de respeto, humanos hasta en su violencia.

—Cierto. Destruían pero construían, como Shiva. Imperios, nada menos, fundando dinastías por donde pasaban, como en China y en Bagdad. En la época mongola floreció la mística musulmana de los sufíes, con sus grandes poetas, por ejemplo. Éstos ¿qué van a dejar tras la ceniza? Como mucho, un gobierno títere y una falsa democracia, sostenidos por la fuerza desde fuera. ¿Qué van a crear estos mogules, salvo empresas y burocracia explotadora, si no saben hacer otra cosa?

—Sí, la suya es la barbarie tecnificada y contable, impune y lucrativa, mucho más vil que aquella aventura épica de Genghis Khan o Tamerlán, que ahora nos parece bárbara y entonces era propia de la época.

—Cuando este presente ya sea historia, nos daremos bien cuenta de algo que ahora apenas empiezo a vislumbrar con mi mirada profesional: el hecho de que vivimos ya otro mundo distinto del que nos vio crecer y no, como a veces se afirma, por el atentado contra las torres neoyorquinas en 2001, sino por algo anterior, la caída del Muro de Berlín en 1989. Se han abierto grietas tectónicas, casi como las geológicas, en la política mundial y el resultado es tremendo: Occidente está roto. Sí, el Occidente en que se basaba todo el andamiaje de la estructura internacional. Bush ha dañado gravemente la ONU y la cohesión que se pretendía ir consiguiendo, y exige el vasallaje a una Europa que así empezará

a comprender cómo la OTAN era ya un caballo de Troya metido en su seno, para afrontar problemas bajo influencia norteamericana. Peor aún, dentro de la misma Europa ha estallado, sorprendiéndola con la ampliación en marcha, la lamentable pirueta aquí comentada, con la carta pro-Bush del listillo británico y del español egópatas. En torno a esa disgregación básica, otros grandes esperan y/o se recomponen: Rusia, China, India, que acaba de negarse a pactar en Cancún, y, más lejos, quizás Brasil. Sobre media humanidad de rebeldes, entre los que destaca un islam humillado y provocado, desengañado en muchos casos de sus propios gobiernos.

—¡Y los españoles con una ministra de Asuntos Exteriores que suspira por los colores de la bandera norteamericana como guía!

—Ya lo he leído —se ríe Ogatai—. Otra con la fascinación tabú de la banderita... Pero yo veo que nadie la toma en serio.

—En cambio hay que tomar en serio la marginación en Europa que se va ganando Aznar con su culto bushista y su despegue de México y Chile en el Consejo de Seguridad, y su posición ante los musulmanes como el tercer hombre de las Azores. De todo eso, naturalmente, nos pasan factura. ¿Cómo es posible que aquí no se la pase nadie, ni siquiera alguno de los suyos, más inteligente y con alguna dignidad? Y en Estados Unidos ¿será posible que no rechacen más a Bush? Tú que vives allí, ¿qué impresión tienes?

—Siempre es arriesgado generalizar y me referiré sobre todo a mi ambiente habitual y a lo que leo o me dicen respecto al resto. Desde luego, en Estados Unidos el mundo no empezó a cambiar en 1989, como yo creo que sucedió. A partir de esa fecha empezaron a cuajar las intrigas de los neoconservadores, como les llaman ahora, con sus planes imperialistas y unilaterales, pero se quedaron en proyectos que Clinton no adoptó, prefiriendo centrarse en la política interna. El salto emocional se produjo, de golpe, con el atentado de Bin Laden contra las torres

de Nueva York. Aquello provocó estupor, desconcierto, rabia, ansia de venganza y, sobre todo, miedo que el gobierno aprovechó para restringir las libertades civiles prometiendo en cambio seguridad y para imponer el chantaje de un patriotismo que corta de raíz las críticas. Se ve que a la gente no le interesa la democracia sino asegurarse su estilo de vida. Yo lo que más conozco es la universidad, donde se piensa y se discute y se critica a la administración, pero sin atrevernos a expresarlo abiertamente para no ser tachados de antiamericanos; algo así como los españoles heterodoxos del Siglo de Oro bajo la Inquisición, porque Bush es el Gran Definidor. Se recela incluso de los estudios sociológicos

sobre otras religiones o culturas porque pueden inducir a debilidades y tolerancias. Existen incluso entidades perseguidoras de todo «desviacionismo», como una fundación manejada por la mujer del vicepresidente Cheney, que confecciona listas negras de profesores considerados críticos de la política belicista. En ese ambiente, comprenderás lo difícil que es discrepar, aunque muchos se atreven. Mira por ejemplo en ese librito que te he traído; lee un discurso del senador Russell Byrd en el Senado de Washington.

Leo, saltándome otras, frases como éstas: «Muchos de los pronunciamientos realizados por este gobierno son escandalosos: no hay otra palabra. Sin embargo, esta Cámara permanece terriblemente callada [...]. Cuando tal vez queden sólo unos días para que enviemos a miles de nuestros propios ciudadanos a enfrentarse a horrores inimaginables de espantos químicos y biológicos, esta Cámara permanece callada [...]. Tengo que dudar del juicio de cualquier presidente capaz de decir que un ataque masivo y no provocado, contra un país en que más del cincuenta por ciento de la población son niños, corresponde a “las más altas tradiciones morales de nuestro país” [...]. Verdaderamente vamos sonámbulos por la Historia».

—Como ves —comenta Ogatai cuando cierro el libro—, hay voces honradas y valientes en mi Estados Unidos. Además, el clima cerrado y opresor que te he descrito empieza a reblandecerse (bueno, muy despacio, y quizás lo vea así mi deseo) a medida que continúa la ocupación de Irak, al conocerse cómo el gobierno mintió sobre las armas de Sadam y sobre otros puntos, aunque la mayoría sigue engañada y cree, por ejemplo, que Sadam estaba aliado con Al-Qaeda, cuando ya hasta Bush ha reconocido no tener pruebas. Se deja sentir algo más la tradición de libertad y el fondo de humanidad de los estadounidenses, aunque se manifieste más en privado, y hasta hay quienes se sienten culpables por ese silencio que escandaliza al senador Byrd. Antes el buen estadounidense se indignaba de que en el extranjero no le quieran; ahora empiezan algunos a preguntarse «¿por qué no nos quieren?», al menos en mi entorno y quizás por mi origen extranjero. Pero la pregunta que no se formula, aunque se piensa mucho, es: ¿Adónde vamos? ¿Adónde nos llevan?... Baja la confianza en el gobierno actual y la aparición, entre los candidatos demócratas a la presidencia, de un general de prestigio como es Wesley Clark, que fue comandante en jefe de la OTAN, ha reanimado la esperanza de muchos.

—¿Tú crees que Bush podría perder la reelección dentro de un año?

—Depende mucho de Irak y de la economía nacional y ambos datos son inciertos, sobre todo el primero. La economía por ahora mejora, gracias en gran

parte a la guerra, pero ésta es el gran problema... Nada es seguro, salvo una cosa: que Bush va a reunir más fondos que nadie para apoyar su campaña. Las grandes empresas se juegan mucho en la elección y tienen tremendo poder.

—¿Y Blair?

—En la democracia británica las mentiras al Parlamento son algo muy serio. La actuación del juez especial puede ser funesta. Pero Blair tiene una ventaja, además de su habilidad personal: no tiene enfrente una oposición peligrosa. ¿Y aquí?

—Aquí la oposición ha pecado constantemente de candorosa, creyendo que vivimos en democracia, cuando las derechas dominan la opinión mediática y cuando Aznar ha aprovechado ese candor y la mayoría absoluta para hacer que los dos poderes controladores, el legislativo y el judicial, dependan del ejecutivo. Por eso, a pesar de los repetidos errores de su gobierno, desde que Aznar se tuvo que tragar el decretazo contra la huelga general, la gente seguirá creyéndose el «España va bien» de la televisión aznariana, mal llamada pública. Es difícil que ocurra algo iluminador de la verdad a tiempo, porque las elecciones están demasiado cerca... La cuestión de fondo estriba en que, a estas alturas de la Historia, nuestro sistema político-social eleve a sus alturas a personajes como los que comentamos: Bush presidiendo Estados Unidos, Aznar gobernando España y Berlusconi dirigiendo Europa, aunque éste por poco tiempo. ¡Qué cuadro!

—Tú lo has dicho: la democracia no es posible cuando la opinión pública no se oye, ahogada por la opinión mediática, y cuando ésta se compra y se manipula, utilizándose además para distraer a la gente y adormecerla. Si bien se mira, todos los que no somos escalatorres o sus acólitos vivimos bajo la dictadura de la estructura mediático-financiera, el famoso complejo industrial-militar contra el que ya alertaba Eisenhower. El poder económico amaña contabilidades, organiza fraudes, atesora paraísos fiscales, se aprovecha de la ubicuidad globalizadora y condiciona la política de los gobiernos que él mismo coloca en el poder. Nosotros, los demás, vivimos bajo esa ocupación, trabajamos para incrementar los beneficios y costear ejércitos parasitarios, que necesitan inventarse enemigos para justificarse como salvadores, cuando en realidad su misión es imponer este sistema. Ésa es la verdad: bajo el Trío de las Azores todos vivimos en nuestro país ocupado.

Quedamos callados. Ogatai da una larga chupada a su pipa, que ha encendido mientras me escuchaba. Yo continúo, más sereno.

—Ahora me viene a la memoria una famosa reacción provocada casi inmediatamente por la destrucción de las dos torres neoyorquinas el famoso 11

de septiembre. La encontré en un periódico francés del día siguiente (creo que fue Le Monde), que estampó un titular a toda plana, proclamando: «Todos somos neoyorquinos». ¿Te suena, Ogatai?

—Sí, también me acuerdo. Fue un acierto; un magnífico grito de solidaridad.

—Bueno, pues ahora yo lo adapto a la nueva situación y desde este rincón, en mi país ocupado por mi gobierno, lanzo el grito puesto al día: ¡TODOS SOMOS IRAQUÍES!

Madrid, 23 de septiembre de 2003

